

Cinco artículos sobre Don Juan Valera

BUJALANCE

Bujalance es un pueblo de la provincia de Córdoba. No está lejos de Cabra, cuna de don Juan Valera. No lejos, Doña Mencía, donde Valera pasaba algunas temporadas. Cuando Valera estaba en Doña Mencía, tenía por la noche una tertulia; se jugaba al tresillo, «y hacia lo último—escribe Valera—echamos un trago de aguardiente de doble anís». (Nos parece que sería, mejor que un trago, un chupito). En 1891 publica, en Alicante, un bujalanceño, don Juan Begué, un libro titulado «Las cosas de mi pueblo». Estas cosas son las de Bujalance. El libro describe circunstanciadamente todo lo que atañe a Bujalance. Cuenta el pueblo con 9.967 habitantes; tiene más de cien calles, «muy anchas y rectas»; se ven en el pueblo varias plazas y plazuelas; las plazuelas se llaman «lianetes». (Algún llanete, sin ser de Bujalance, vemos en alguna novela de Valera. Y perdone el lector la aliteración). El autor de «Las cosas» enumera las personas notables, muchas personas, eclesiásticas, militares y civiles, que han nacido en Bujalance; nos habla también de las familias distinguidas de Bujalance al presente; es decir, a fines del siglo XIX. Sabemos que se ven en los dinteles escudos, y escudos en las capillas de la iglesia mayor, y escudos en las lápidas del cementerio. Hay en Bujalance varios casinos; de todos ellos tenemos aquí relación, singularmente del de los señores. Ni falta puntual descripción de la gran iglesia de la Asunción, ni de las demás iglesias, ni de las ermitas que se ven en el pueblo y en los contornos. Siendo Bujalance olivarero, aceitero, necesariamente habremos de tener curiosidad por saber las almazaras que existen en su ámbito: son cincuenta y nueve, el autor habla de la clase de prensas que en ellas se utilizan. ¿Y no queremos saber si se bebe poco o mucho en el pueblo? Forzoso será que don Juan Begué nos diga el número de tabernas con que cuenta Bujalance: son cuarenta y seis. Y el autor añade: «En una taberna se vende vino de Montilla, y en dos, de la Mancha, y en las restantes, de Doña Mencía». (Si estuviéramos en Bujalance, nosotros frecuentaríamos esa taberna en que se expende Montilla). En cuanto a los aguardientes, nos dice el autor que los que se consumen son los de Rute, Carcabuey, Doña Mencía

y Ayelo de Malferit, en Valencia. (No tenían que ir muy lejos los contertulios de don Juan Valera para buscar un buen aguardiente de que beber un buche).

¿Y no habrá alguna costumbre típica en Bujalance? El pueblo es famoso por su arte textorio: se fabrican paños pardos, matapardos, jerga para costales, y zahones, y capotillos, y estameñas y capotes o «betas». Había en el pueblo la costumbre de «consumirse un jarrito o media cuartilla de vino por cada paño que se vendía. De ahí que diariamente se bebieran varios jarros de vino en cada tienda de tundidor por todos los que concurrían a ella, que eran compradores y vendedores todos los fabricantes y bataneros, y cuantos por cualquier motivo llegaban a dichas tiendas». (Hubiéramos nosotros hecho por llegar a alguna, y hubiéramos bebido un chisquete de Montilla, siempre Montilla, cuando no Jerez, a la salud de don Juan Valera. Ansiaba siempre Valera retirarse a su pueblo, Cabra, para llevar en él, como el propio Valera dice, su vida «gitano-literaria». ¡Qué poco se conocía el escritor más europeo que teníamos y el más finamente mundano que en su tiempo emborronaba cuartillas!)

AZORIN.

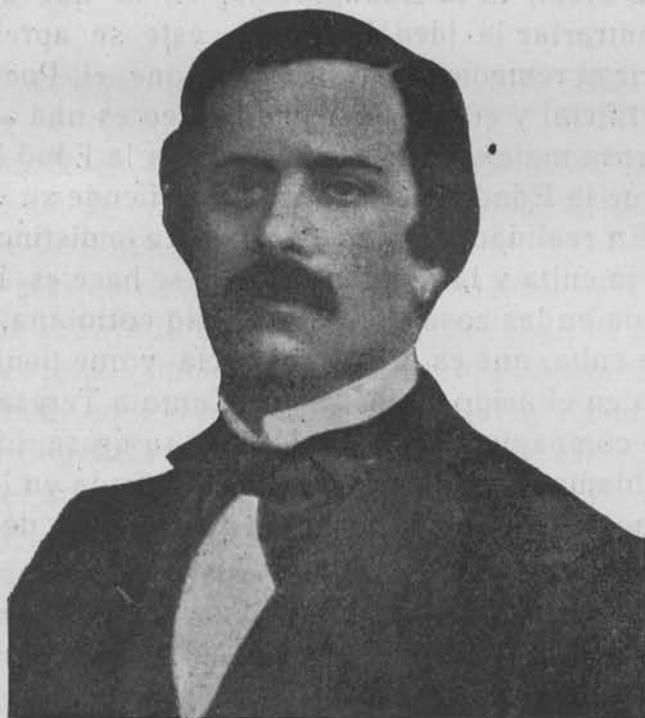
«A B C», de Sevilla, 10 diciembre 1946.



V A L E R I A N A

En alguna parte se queja don Juan Valera de no tener una «idea fija y pivotal»: pivotal, galicismo, viene de «pivot», quicio, eje. Y quisiera don Juan tener una idea pivotal para que, evitándose caos en su cabeza, giraran coherentemente todas las cosas en torno de ese eje o quicio. Se engañaba Valera; no se conocía cuando tal cosa se manifestaba. La declaración es de 1850; desde seis años antes, por lo menos, desde 1844, contaba Valera con la idea fija y pivotal. En 1844, a los veinte años, publica Valera su primer libro de versos; no nos importa que tuviera éxito o no. El hecho es que don Juan Valera se ha considerado siempre poeta, y que se consideraba ya entonces como un poeta nativo. Podrá Valera afectar alguna vez desdén hacia su estro; no lo creamos. Si hay algo íntimo, firme, en Valera, es su vocación poética. Ha logrado, como poeta, Valera lo que no se ha visto nunca en toda la historia literaria de España; ha logrado que la mayor autoridad crítica de su tiempo—y de todos los tiempos—

ponga al pie de las principales poesías de un tomo suyo un erudito y explicativo comentario. Si Garcilaso y Góngora tuvieron sus comentaradores, no los tuvieron de la calidad del comentador de Valera: Menéndez y Pelayo. ¿Y cuál es la poesía de este afortunado poeta? ¿Y a qué clase de poesía pertenece la poesía de Valera? Valera es un humanista, el último, con Menéndez y Pelayo, de nuestros grandes humanistas. Y por cierto, que Menéndez y Pelayo, amigo de Valera, influye con su poesía, con su modo poético, en la poesía de Valera,



D. JUAN VALERA, retrato de juventud

en el concepto que Valera tiene de la poesía. La poesía de Valera es una poesía cuita, erudita, selecta. Y el complemento de esa práctica es la convicción de que no hay más que una poesía: la suya, la culta. Y de que su concepto poético es el verdadero: el verdadero y el único también. Entonces—se nos ocurre preguntar—¿qué hacemos de la poesía popular? ¿En dónde dejamos este género de poesía? La poesía popular, según Valera, no existe. Lo que se llama poesía popular o no es popular o es producto de ingenios o colectividades selectas. Si existiera una poesía distinta de la que Valera practica, ¿qué sería del concepto poético—y de la poesía—de Valera? ¿Cómo íbamos a compadecer dos poesías? ¿Cómo íbamos a invalidar una poesía, la de Valera, en holocausto de la otra? El conflicto no quiere Valera

que exista; durante su vida, los pensamientos de Valera girarán en torno a esta idea pivotal: la del concepto de la poesía.

Y surge el argumento capital, decisivo, formidable: ¿qué hacemos de la Edad Media? ¿Dónde ponemos para que no nos estorbe, la Edad Media? Cuando Valera nos expone su concepto poética, en 1862, no existía aún la Edad Media: no existía tal como la conocemos hoy, a pesar de los avances de un Amador de los Ríos y de un Milá y Fontanals. El Colón de nuestra Edad Media ha sido don Ramón Menéndez Pidal. Si la Edad Media, en lo que se conocía en 1862, puede contrariar la idea de Valera, éste se apresura, naturalmente, a ocurrir al remedio. Y así tenemos que el Poema del Cid es un «trabajo artificial y erudito». Y que Berceo es una «antigualla», a más de ser «prosa mala». Y en suma que toda la Edad Media es más «artificiosa» que la Edad Moderna. Valera defiende su visión poética a toda costa. En realidad, cuando se establece la distinción entre una y otra poesía, la culta y la popular, lo que se hace es hablar de una poesía inspirada en las cosas, en la realidad cotidiana, la popular, y otra poesía, la culta, que es árida, abstracta y que tiene su más alta representación en el árido y abstracto «Canto a Teresa», de Espronceda. ¿Y como compaginaremos, en Valera, su prosa, inspirada en lo cotidiano—hablamos de las novelas—, inspirada en lo pueblerino, muy pueblerino, y su poesía erudita, merecedora de los eruditos comentarios de Menéndez y Pelayo?

¿Se podrá hacer la conciliación que buscamos, la conciliación valeriana, en el «Quijote»? Valera nos dice, en 1864, que ha leído el «Quijote» treinta o cuarenta veces, «calculando por lo corto». (¿No exagera un poco Valera, como debía exagerar Taine cuando asegura que ha leído cuarenta veces la «Cartuja», de Stendhal?) Valera muere en 1905. De 1864 a esta última fecha habrá leído algunas veces más el libro de Cervantes. Su mejor trabajo, según confesión propia, es un trabajo sobre el «Quijote»; su último trabajo es también un trabajo sobre el «Quijote», en 1905. En el «Quijote», la cama de bancos, en el camaracho de la venta manchega, puede representar lo popular; en cambio, la sutil red de seda verde, en el bosque ducal, puede simbolizar lo aristocrático. ¿Llega Valera a la síntesis de esos dos símbolos? ¿Llega, sin esfuerzo, tras una vida afanosa? Y ahora, por encima de todo, lo que se nos impone cuando pensamos en Valera: ¿necesita Valera realmente de la conciliación? ¿No se complacerá en la no conciliación? Una de las páginas más finas que se hayan escrito sobre Valera las ha escrito «Clarín» en su «Nueva campaña», en 1887.

En esas páginas nos habla «Clarín», con referencia a Valera y citando a Goethe, de un cierto «egoísmo legítimo» que ha engendrado grandes cosas. ¿Y no estaremos, con Valera, en presencia de tal sentimiento laudable y fecundo? «Valera, atendiendo mucho a sí mismo —nos dice «Clarín»— ha llegado a ser nuestro primer literato».

AZORIN

(«A B C» de Sevilla, 11 febrero 1947)



VALERA EN GRANADA

Valera estudia en Granada, Derecho. Debía de tener Valera, al llegar a Granada, de dieciséis a diecisiete años; la imprecisión en el dato es del propio Valera.

Hace algo más de un siglo, para trasladarme de Valencia a Granada tenía que subir a la bifurcación de Alcázar de San Juan, cambiar de línea en esta estación, tomar el tren de Andalucía, bajar hasta Espeluy, tomar aquí el ramal que va a Jaén, dormir en Jaén, meterme en una diligencia a la mañana siguiente, estar andando todo el día, llegar al anochecer a Granada. La sensación dominante era la de lejanía y profundidad. Y en el invierno, época de los estudios universitarios, a esta sensación se unía la visión esplendente de lo blanco en el azul; lo blanco de la nieve en Sierra Nevada; lo azul del límpido cielo.

En 1844 publica Valera, en Granada, un libro de versos. Valera en Granada practica dos operaciones sustanciales: escribir versos y coger violetas.

En un estudio sobre diciembre nos dice Valera, hablando de las violetas: «Yo las he cogido en dicho mes en las laderas de la Alhambra, detrás de las torres de las Infantas y de la Cautiva, y en otros muchos sitios» En 1844, año de la publicación del libro de Valera, la mejor fonda de Granada es la de Minerva, en la placeta de los Lobos; los dos más concurridos cafés, el de Hurtado y el del Comercio. En punto a comunicaciones, Granada está servida por dos grandes empresas de diligencias: diligencias reales, diligencias peninsulares. ¿Y cuál es el ambiente literario de Granada? El ambiente literario de una ciudad lo crean los ingenios locales, no los que sobresalen y se marchan.

El libro de Valera lleva un prólogo de José Giménez Serrano.

¿Quién es Giménez Serrano? Es Giménez Serrano autor, entre otras producciones, de un cuento titulado «El Sacristán del Albaicín»: sacristán temerón, cuya fama de bravo se extendía—nos dice el autor—«por todo el Albaicín, y aún llegaba a la Rondilla y al Rincón de los Vagos». ¿Escribía ya en esa época don José Rivas y Pérez? ¿Y don José Joaquín Soler de la Fuente? Pero el periodo de candor en Valera—candor relativo—va a terminar. Termina con su estancia en Granada; otro periodo, el de la estancia en Nápoles, va a neutralizar las sensaciones de Granada.

En 1855, Roque Barcia publica en Madrid su libro «La verdad y la burla social»; en ese libro su autor nos presenta algunas curiosas semblanzas de políticos coetaneos suyos. Al hablar del Duque de Rivas, nos dice: «Es un hombre culto, sencillo, bondadoso, buen literato y excelente poeta. La política no puede hacer más que quitarle en reputación». Y agrega Barcia que en sus conversaciones familiares el Duque suele decir: «En España parece que hay ciencia y no la hay; parece que hay literatura y no la hay; parece que hay riquezas enormes y no las hay».

Durante dos años y medio, Valera va a tener en Nápoles, siendo secretario de Embajada, como maestro al Duque de Rivas, embajador; al Duque de Rivas, escéptico y amable. ¿En qué medida ha influido Granada en Valera? ¿Y en qué medida Nápoles? Sitios son éstos que han dejado huellas en el espíritu de Valera. Y a tales influencias debemos añadir la de París. Valera nos dice que «cada vez está más enamorado de París». Y añade para reforzar su afirmación: «Tengo esta manía».

AZORIN.

(«A B C», Sevilla, 16 febrero 1947)

VALERA Y SUS AMIGOS

Cuando don Juan Valera está fuera de Madrid, se suele acordar de Madrid. Cuando se acuerda de Madrid, piensa en sus amigos. Y los amigos de Valera son: Cánovas del Castillo, Cañete, Mariano Catalina, Fernández Guerra... Sería difícil discernir exactamente la afinidad de Valera con estos señores. Si decidiéramos que la afinidad es total, completa, nos veríamos en el trance de tener que renunciar a Valera. Y a Valera no podemos nosotros renunciar. Cánovas a puesto prólogos a libros de Valera; pero Cánovas no ha hecho nada

definitivo, concluyente, por Valera. Bien es verdad que Sagasta, jefe del partido en que milita Valera, tampoco ha hecho por Valera nada concluyente y definitivo. Con Menéndez y Pelayo mantiene Valera relaciones amistosas, afectuosas relaciones. Valera, en sus cartas a la familia, habla con frecuencia de su falta de «dinero»; en sus cartas a Menéndez y Pelayo, en vez de dinero, emplea para exponer su penuria, la frase de «metales preciosos». Continuamente le pide a Menéndez y Pelayo un elogio para sus libros, un «bombo» según su frase inevitable. Menéndez y Pelayo ha explicado las poesías de Valera; al explicar estas poesías, explicaba las propias; los dos amigos cultivan un mismo género de poesía: la culta, la abstracta. Valera necesita el elogio reproductivo en un gran periódico. No le era fácil a Menéndez y Pelayo el complacer a Valera; las novelas de Valera encierran elementos múltiples que, por imposición de las creencias, tendría Menéndez y Pelayo que especificar, aceptando unos y rechazando otros. Menéndez y Pelayo es condescendiente; ha hablado en prólogos o estudios de Valentín Gómez, de Polo y Peirolón, del padre Restituto del Valle Ruiz, de Casimiro Collado, de Amós Escalante, de Eduardo Bustillo, de Evaristo Silió. En los diarios ha hablado de novelas de Pereda; en el órgano del partido conservador y en el órgano del partido liberal.

En el último tercio de su vida, tiene Valera en su casa una tertulia miscelánea. Le visitan también escritores jóvenes. José León Paganó, argentino, nos dice en su libro *Al través de la España Literaria*, publicado en 1934, que Valera se le ha quejado de que habiendo estado tanto tiempo en Madrid Rubén Darío, no haya querido visitarle. Y ya sabe Rubén «lo mucho que Valera le quiere». Valera ha hablado de la nueva literatura; ha tenido elogios para Benavente cuando Benavente comenzaba. Ha señalado, sí, la falta de unidad en las comedias benaventinas. Pero también a Valera se le reprocha el que sus novelas no son novelas. Lo que Valera encuentra en las comedias de Benavente, encuentran los críticos, en especial Revilla, en las novelas valerianas. Existe una unidad tradicional, y existe otra nueva unidad. Ha elogiado también Valera a Valle-Inclán, a Pio Baroja, a Eduardo Marquina. Añadiremos—debemos añadirlo—, que, asimismo, el autor de estas líneas le debe elogios a Valera. Hay en la vida de Valera a modo de dos centros de gravedad, uno ya lo hemos señalado al hablar de los primitivos amigos de Valera. Otro es este de ahora, en la última etapa de la vida de Valera, cuando sin te-

ner ya que esperar nada de nadie, nos da Valera la medida, la plena medida, de su personalidad.

(Los biógrafos no mencionan el ruidoso incidente de la carta de Valera a Gómez Carrillo, carta publicada, abusivamente, en un periódico de París).

AZORIN.

(«A B C», Sevilla, 23 marzo 1947).



VALERA Y EL «QUIJOTE»

Desde que don Juan Valera dimitió en 1895, la Embajada de Viena, apenas si sale de Madrid. Recluido en su casa de la Cuesta de Santo Domingo, sus únicas expansiones son las sesiones de la Academia y las tertulias literarias; rara vez se asoma a un teatro.

Valera ha cumplido los setenta años. Sufre los achaques de la vejez, presiente la inminencia del gran viaje y, a causa de una enfermedad a la vista, poco a poco le cerca la noche sin aurora. «Lo único que conservo hasta ahora—le dice al barón de Greindt, en 1899—tan cabal como en mis mejores días es la cabeza. Hasta en el exterior la conservo, porque tengo tanto pelo como a las treinta años, salvo que ahora está tan blanco como la nieve. El buen humor y el optimismo no me abandonan».

Retrepado en hidalgo sillón, con una manta sobre sus piernas, Valera dicta a su secretario, Pedro de la Gala, cartas, artículos y novelas. Dedicar varias horas a la lectura; le lee en español su secretario, en francés o en alemán un sacerdote alsaciano, en griego un catedrático de la Universidad. Con esto y las visitas, que nunca faltan, distrae del mejor modo posible las horas del día. Lo peor es la noche. «De noche—escribe en una carta a don José Alcalá Galiano—paso largas horas sentado en un sillón, en soledad y silencio, porque hasta los criados se acuestan y me entrego a interminables soliloquios tristes y hasta fúnebres a menudo».

En esas larguísimas horas de desamparo es cuando, bajo el foco deslumbrante de su memoria, Valera revive su existencia de hombre halagado por la gloria y el amor. París, Nápoles, Lisboa, Río de Janeiro, Berlín, Moscú... Pero tras el ensueño, la realidad le plantea tremendas interrogantes: «¿Se conservará algo de mí que recuerde lo que soy ahora o habrá pasado todo como si yo nunca hubiera sido?»

En pocas épocas y en pocos países como en la España de hoy, el desdén o el olvido siguen tan de cerca a la muerte».

A principios del año 1905, la Real Academia Española acuerda por unanimidad encomendarle a Valera el discurso para la solemne sesión del 8 de Mayo, que, presidida por el Rey, ha de conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*. Valera se resiste. Alega su quebrantada salud, su ceguera, su merma de facultades.



D. JUAN VALERA, en la
ancianidad.

Cualquier otro académico lo hará mejor. «En lo único que no cedo a nadie, afirmará en el discurso, es en el entusiasmo que la obra de Cervantes me inspira, y en mi arraigado convencimiento de la importancia y valor de dicha obra».

Valera se consagra a la labor. Quiere explicar por qué un libro de mero pasatiempo, una sátira literaria, una parodia, una obra de burlas, ha descolgado sobre toda la labor intelectual, así de la nación española como de otras inteligentes y cultas naciones europeas, no en época determinada, sino durante siglos.

Reprueba la obcecación de los comentaristas que buscan en el *Quijote* una doctrina esotérica de reformador revolucionario, una solapada sátira social y política, algo que propende a socavar las bases de la sociedad en que vivía. Entiende que todo es transparente y

claro en este libro. En él se describen «el gran ser y la energía de una nación que vive aún en el mayor auge de su poder y más confiada en su duración que recelosa de su decadencia...»

Va muy adelantado el discurso. La labor exige un gran esfuerzo, porque ha de ser cumplida y perfecta como la solemnidad lo exige. Valera sufre de vez en cuando vértigos. «Esto huele a apoplejía», le escribe a un amigo, al enterarle del trabajo en que está comprometido.

El día 9 de abril de 1905 se dispone a proseguir su tarea, pero antes desea recordar todo lo que lleva dictado. Ruega a su secretario que se lo lea. Apenas terminada la lectura, don Juan Valera se desplomó como herido del rayo.

La dura mano de la Parca, dijo don Alejandro Pidal, cortó con implacable tijera el doble hilo de oro del discurso y de la vida del escritor.

JOAQUÍN ARRARAS.

(«A B C», Sevilla, 24 mayo 1947)

